del ejército contra la hidra de la anarquía. Luego viene el rector de la Universidad tañendo con horroroso sonido la campana de alarma, y cimbra recios golpes en las piernas de los profesores barbudos que le acompañan. Ese canciller de la Academia francesa estropea la gramática, y el presidente de la Cámara tuerce el pescuezo á la Carta, ni mas ni menos que si fuese un pollito. Pero no se crea que los miembros de esas ilustres corporaciones que vuelven de Tullerías á sus casas murmurando entre dientes, estén enojados contra el orador porque habló en su nombre, y sin consultarlos, ó porque lo efectuó mal; no, nada de eso, sino únicamente porque él solo tuvo la palabra, pues rábian de no haber podido perorar todos á la vez.

A la verdad podria asegurarse que los reyes constitucionales, ambas Cámaras, las cinco clases del Instituto, las sesiones de apertura, las oraciones fúnebres, los tribunales, los bautismos y matrimonios de príncipes, los banquetes patrióticos, las revistas de la guardia nacional, los comicios agrícolos, los teatros y los entierros, fueron inventados de intento en nuestro país de Francia para gozar de los encantos y galas de lenguage. Un viento de habladuría sopla de todos los puntos del horizonte en nuestro pueblo sensible, olvidadizo y voluble, y arrebata en su torbellino el derecho, la lógica y la verdad.

No, no hay en las cuatro partes del mundo gente mas cumplimentera que el mandarin de las Galias, á menos que sea el de China. Si revistiese un mono la vestidura real, veríase al instante mismo á la caterva de los funcionarios titulados, bordados, dorados, con uniformes vistosos ó grave trage talar, precipitarse con los labios palpitantes de lisonjas á los piés de su majestad orangutan.

No, no ha habido en el trono ni malhechor desalmado, ni príncipe baboso, ni tirano legítimo, ni usurpador reinante, ni setembrista cortacabezas, que, en ciertos momentos, no haya sido lisongeado y adulado, para ser despues derribado y arrastrado de los catafalcos del Panteon á las gemonias y asquerosos albañales.

No, no hay país en que mas abuso se haya hecho, tanto en prosa como en verso, de la hipérbole y apotéosis. Segun los mentecatos del Instituto, todos los académicos son celebridades; en el concepto de las prostitutas de la ciudad y de la corte, todas las queridas de los reyes son mugeres de virtud esquisita; los cortesanos aseguran que todos los príncipes rubios ó pelinegros son superiores á Napoleon; oígase á los camareros del local de la Asamblea, y todos nuestros diputados son mártires intrépidos de la libertad; los camareros del Luxemburgo proclaman que los pares mercaderes son señores de altos títulos; en el dictámen de la gente de la Iglesia, todos los prelados son santos; de modo que tenemos la dicha de vivir en un país de vírgenes, genios, héroes, grandes hombres y bienaventurados.

El prurito de perorar cunde continuamente, en términos de deslumbrarme la vista y atolondrarme los oidos: ¿donde podré huir? ¿do ocultarme?

Esta es otra: un grave magistrado me obliga á seguirlo; he aquí que trepa hasta el pabellon de Flora (1), y prosternándose ante un chiquillo de tres años, le dice. « Hemos sabido por vues-« tra aya, que ha tenido S. A. esta noche un cólico. Ah! señor, « un dia llegará en que sereis el mayor príncipe de la tierra. » A lo que responde el niño llorando que quiere que le den su muñeco (2).

¿A donde van corriendo esos jardineros políticos y campestres de la sociedad de horticultura, con esa maceta de flores en la mano? Van á ofrecer al rey, con voz plañidera, sus felicitaciones congratulatorias y lacrimatorias. ¿Y qué responde el rey? Sorprendido por tan inesperado suceso, y con sobrada razon, responde con una presencia de espíritu admirable que la exposicion de esos jardineros es el *mejor consuelo* que pueda recibir (3). Confesemos que no es tan mala la salida.

¿A donde van esas doncellas con canastillos de rosas y laureles? Arrodillaos profanos que pisais la tierra santa de los muertos. Escuchad esa oracion fúnebre en que se os habla de la nada de la vida y desprecio de las pompas de este mundo. Acudid, hombres soberbios, hinchados de vana gloria, acudid y leed en el marmol en letras de oro esta exposicion funeral, ó si se quiere epitafio que todo lo dice: Aquí yace un especiero (4).

¿Quien es aquel otro especiero (5) que un centenar de electores,

(1) Pabellon con este nombre en las Tullerías.
(2) Histórico.
(3) Histórico.
(4) Cementerio del *Père Lachaise*.
(5) La palabra *épicier*, que literalmente corresponde á la voz castellana *especiero*, tiene además en Francia, y sobre todo en Paris, una significacion muy extensa, que solo adecuadamente aprecian las personas que han vivido en esta capital y se hallan familiarizados con la índole y costumbres de los Fran-

hombres todos de arraigo y establecidos, acaban de nombrar diputado de la Francia? ¿Cómo? ¿A ese tambien una exposicion congratulatoria? ¿Pero qué van á decirle? El municipal revestido de su banda tricolor se le acerca, y quitándose el sombrero, le dice: «Caballero, gracias á la recomendacion de Su Excelencia el « ministro de la policía, cuya casa Vm. abastece con sus mercan- «cías á un precio equitativo, lo hemos elegido á Vm. para represen- «tar la Francia en general, y en particular el comercio de espece- «rías de nuestro departamento. Al tratarse de los grandes intereses «de la Francia, no pierda Vm. nunca de vista, señor diputado, «su villa; pues su lugar de Vm. es la Francia.»

«—Sí, amigos mios, amados electores, responde el proveedor « del ministro, la patria es nuestra villa. Yo soy francés, pero « soy antes que todo especiero, y lo haré ver en todas las ocasio- « nes, tanto grandes como pequeñas (1).»

Por lo que toca á la Cámara de pares, como no puede perorar con los mercachifles, porque el ministro solo nombra sus miembros despues de un almuerzo opíparo, se desquita abundantemente en el género fúnebre. No hay difunto que, por poco oscuro que haya vivido, pueda escapar á los honores póstumos. Y no se crea que el panegirista para aliviar su dolor, pronuncie su oracion sobre la tumba del difunto bajo la piadosa sombra de los sauces y cipreses; no, sus palabras requieren la luz del dia, el brillo de la gloria, y solo en presencia de los miembros de la Cámara de pares, se expresará en estos términos:

«Ilustrísimos y afligidísimos colegas, permitidme que ante Vues- « tras Señorías, refiera la solemne y resplandeciente existencia del « conde Chopart, muy alto y muy noble par de Francia. Nació « este ilustre personage en una aldea, fue hijo de un aldeano, y « mamó de su misma madre ó de una nodriza, aunque debo ad- « vertir que en este particular nada dicen los historiadores. Luego « aprendió á leer en casa del maestro de escuela, y durante veinte « años fue escribano, recaudador y boticario. Mas adelante nom- « bráronlo diputado sus conciudadanos, y despues recibió el tí- « tulo de par de Francia. A consecuencia de la revolucion de Julio « prestó juramento á Luis-Felipe, habiéndolo prestado á Carlos X; « votó por M. Guizot, habiendo votado por M. Thiers, y murió

ceses. No obstante creemos dar una ligera idea á nuestros lectores diciéndoles que se da el nombre de *épicier* á toda persona timorata y de miras apocadas, y sobre todo á los mercachifles rutinarios y cicateros. (N. del T.)

(1) Véanse los discursos despues de las elecciones.

« por último como habia vivido. ¡Hombre admirable! ¡que ligera « te sea la tierra (1)!»

¡Ah! ¡y qué grave indiscrecion iba á cometer! Olvidaba los discursos de apertura de los tribunales, otra variedad de la elocuencia oficial. Bien me consta que todo hombre que se mete á escribir—¿y acaso no soy yo del número?—tenemos mil razones para no malquistarnos con los tribunales reales, y protesto que profeso el mayor respeto por su grave y aforrada elocuencia.

Hay en las homilias de estos señores, dos suertes de lenguages: el uno para el público, y el otro para los iniciados.

El señor Requisitorius desempeña á las mil maravillas ambos estos papeles, y cuando despues de los idus de noviembre, vienen las grandes aperturas de los tribunales y juzgados, Requisitorius se encasqueta impávido su bonete hasta las orejas, y recogiendo las mangas de su toga, principia así su discurso en partida doble.

(*Muy alto.*) «Abogados, miembros de ese órden ilustre, tan « puro como la virtud, tan antiguo como la sociedad, tan necesa- « rio como la justicia, vosotros sois sin duda los mas desinteresa- « dos de los mortales que tienen relaciones con las viudas y huér- « fanos.»

(*Muy bajo.*) «Todo esto no impide, y bien lo sabeis, Abogados, « que los mas encopetados de vuestra corporacion, desocupan su « puesto, hácia el fin de sus dias, con dos ó tres millones muy « legítimamente adquiridos, á fuerza de no tomar nada, de lo que « les felicito con tanto mas ardor, cuanto que yo, pobre sustituto, « quisiera verme en su lugar.»

(*Muy alto.*) «Abogados, vosotros sois, como á todo el mundo « consta, y sobre todo despues de la revolucion de Julio, inaccesi- « bles al favor y á la ambicion, sin querer salir de vuestro estado; « mas, como la violeta que encubre la yerba, el olor de vuestra « modestia esparce y declara vuestro mérito descomunal.»

(*Muy bajo.*) «A la verdad, semejantes violetas se pueden ver « en rajados tiestos sobre las gradas de cada ministerio, y con « placer veo que embalsaman los salones y estrados de los minis- « tros y demas personages válidos.»

(*Muy alto.*) «Procuradores, á vosotros me dirijo, Procurado- « res, sed firmes, exactos, puntuales y vigilantes en la susten- « tacion de los procedimientos, y no acumuleis documentos y pape-

(1) Véanse los elogios de los pares difuntos.

« les á menos que indispensablemente lo requieran las causas. »

(*Muy bajo.*) « Al daros este aviso, Procuradores, no dejareis « de comprender que es para induciros á ir con tiento y no tras- « quilar en exceso la lana de vuestras ovejas, pues la época no es « próspera, los cargos onerosos, y no hay que olvidar la maña de « los antiguos procuradores que con tanto ingenio se entendian « para fomentar y no dejar nunca decaer esos pleitecillos tan pin- « gües y productivos. »

(*Muy alto.*) « Y nosotros, magistrados, seamos tan íntegros, « tan austeros, tan virtuosos como lo fueron nuestros padres, « que permanecian en sus casas, y ejercian su ministerio con el « mayor respeto. »

(*Muy bajo.*) « No tengo necesidad, queridos é inteligentes com- « pañeros, de rogaros que no tomeis mis palabras al pié de la « letra, y efectivamente, ¿de qué serviria que el vapor comuni- « case movimiento á las aspas de los barcos, ó que las loco- « motivas nos transportasen con la rapidez de la flecha, si no de- « biésemos aprovechar, como todo el mundo, tan preciosos « descubrimientos? Solo en la Cancillería, en los salones del mi- « nistro, y únicamente en tales parages, podemos dar á conocer « las raras prendas que nos deparó naturaleza é incubó nuestra « ambicion. Solo en semejantes reuniones podrán acarrearnos « pingües sueldos nuestros servicios, y bien os consta, doctos é « inteligentes camaradas, que solo con pingües sueldos se pueden « edificar grandes casas. »

Nada diré de los municipales vestidos de dia de fiesta, de esos prefectos bordados, de esas vírgenes castas y púdicas que se cuelan entre los camareros, lacayos, cocheros y amas de leche de los principillos, exponiéndose repetidas veces á que les pasen por encima las ruedas del coche, con el solo objeto de prosternarse en la adoracion y en el polvo. ¡Ay! ¡cuantos carruages he visto yo, los cuales poco despues de haber sido tirados á brazos y llenos de flores, tomaban, cubiertos de imprecacion y lodo, el camino solitario del destierro (1)!

(1) Viages triunfantes y desconsolados destierros de Napoleon, Carlos X y siguientes (*).

(*) No andaba errado el autor al concluir su nota con esta última palabra, y efectivamente pocos meses despues de publicada esta obra, verificóse el *desconsolado destierro* de Luis-Felipe de Orléans, no en su regio carruage que consumian las mugidoras llamas, sino á hurtadillas, y en coche de alquiler. (N. del T.)

¡Singular nacion la nuestra que se arrodilla ante sus reyes cuando no los mata, y se proclama unas veces soberana, y otras se pone á sí misma la brida, el freno y los cascabeles!

¿Y vos, inexorable censor de culpas agenas podrán tal vez prenguntarme mis lectores, nada teneis que confesar en vuestro nombre ó en el de los vuestros, sobre ciertos pecados de elocuencia oficial, que comete á su modo la oposicion extra-parlamentaria?— Sin duda que sí, y, segun parece, se alude á los banquetes patrióticos. ¿Y porqué no diré con la franqueza de un hombre que de nadie es cortesano, que hay ciertos banquetes ridículos, en los cuales un hablar desenfrenado ahuyenta la cordialidad y efusion de sentimientos, la verdad de los principios, el acierto de las resoluciones, la decencia de maneras, el respeto de la lengua y el discernimiento oportuno é inteligente de las necesidades, intereses y votos de la nacion (1)?

No obstante mucho me gustan los banquetes patrióticos, con tal que no se esté expuesto á los rayos abrasadores de la canícula, ni azotado el rostro por la lluvia ó el viento; con tal que la orquesta no desafine, que se sepa y conste el número y calidad de las personas convidadas, y el objeto de que se trata; con tal que cada convidado, despues de beber, no suba tumultuosamente sobre una silla entre jarros y botellas, para enseñarme que, mucho antes de la creacion del mundo, todos los hombres eran hermanos é iguales, y como, desde el tiempo del diluvio y despues de este, los ministros oprimieron á los labradores y jornaleros, para poder construir hermosos palacios de marmol, tener queridas, lucir sus fogosos caballos, y sorber el espumoso champaña. ¿Acaso no consta eso á todo el mundo? Pero lo mas curioso es la variedad de brindis de los entusiastas y algo achispados comensales. Juzgue el lector por los siguientes:

A la sobriedad de los Espartanos, cuyos reyes y eforos se hubieran chupado los dedos con las migajas de nuestros festines patrióticos;

A la miseria de los proletarios, cuyo cuerpo cubierto de andrajos abate el hambre y el frio, sin lograr poder oir el sonido del dinero, ni de los discursos de los participantes del banquete;

Al trabajo, que hallábase mejor organizado, á lo que preten-

(1) Discursos y brindis de los banquetes patrióticos.

den, bajo el patriarcado de Noé, cuando salió el anciano del arca;

A Bruto y Casio, asesinos de César, aristócratas muy huecos de su patricia estirpe, usureros, posesores de esclavos que sin piedad azotaban, y que hubieran tenido á menos el dar la mano á los mozos de cordel de Roma;

A la perseverancia política, de la cual nos dan tan bellos ejemplos tantos y tantos empleados que han recorrido la monarquía de Luis XVI, la República, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauracion, los Cien-Dias, la Caroliada y la Filípida;

A la obesidad del presupuesto, que acabará por reventar de una indigestion de oro;

A la gloria de la Francia, que tan vivos destellos despide desde los arenales de Alejandría hasta las riberas de Buenos-Ayres;

A las religiones nuevas, que, por no chocar abiertamente con lo que llaman preocupaciones populares, permiten á la nacion adorar un Dios, si hay un Dios en la época en que vivimos;

A las nuevas sociedades, en que no habrá pobres, pues todo el mundo será rico; ni criados, pues todos serán amos; ni Código penal, ni cárceles, ni cadalsos, porque todos los hombres serán inocentes y virtuosos;

A las nuevas constituciones, tan nuevas, que solo vivirán diez y siete años, trece dias, veinte y dos minutos, cuatro segundos, y no devorarán, una con otra mas de cincuenta y tres ministros;

A los Electores, tan desinteresados y poco exigentes, que cada uno no pedirá al diputado de su eleccion mas de un camino real, un ferro-carril, un canal de riego, tres puentes, cuatro jueces de paz y seis estancos de tabaco.

No omitiremos, al concluir, una observacion esencial y de la mayor importancia, y es que, en general, un patriota que frecuenta los banquetes, no acude á estos con la sola mira de satisfacer los cinco sentidos con que plugo al Criador dotar su organizacion, no bastándole el comer bien, y beber perfectamente, sino que le es necesario el ver y tocar al héroe de la fiesta, pues, ¿en qué funcion no hay héroe? y si el susodicho héroe, por efecto de una indisposicion en la garganta ó dolor en el pié, juzgase oportuno ausentarse ó guardar silencio, los concurrentes dirán que si lo hubiesen sabido, no hubieran pagado su escote de tres francos cincuenta céntimos; que no valia la pena el incomodarse para no ver ni aun la punta de la nariz del héroe, ni poderle alargar la mano,

ni oir una palabra de su boca; que es dinero perdido, y que no se les volverá á engañar otra vez.

No cabe duda, la Francia es el país de las exposiciones.

Las ha habido en efecto cuando se ha dicho al pueblo: Aflígete y llora; como si el dolor nacional pudiese ser decretado con un bando, y resultar de pompas fúnebres, lágrimas mercenarias y caballos cubiertos de luto. Estas son oficiales.

Ha habido exposiciones en que se ha dicho á Dios: A sablazos y cañonazos hemos acabado con una porcion de hombres; ¡Santo de los santos! ¡escuchad nuestros votos! Estas son impías.

En otras se ha dicho al parlamento: Degollad á nuestros enemigos. Estas son atroces.

En otras se ha dicho al poder dominante: Mirad nuestra abnegacion, á todo estamos dispuestos. Estas son interesadas.

En otras se ha dicho á un príncipe: Sois mas que un mortal. Estas son serviles.

Ha habido quien haya dicho á princesas tan morenas como feas: Sois mas blancas que la azucena, y vuestro aliento exhala el olor de la rosa. Estas se ciñen á ser ridículas.

Pero aun mas ridículo es pretender persuadir á un monarca sensato toda clase de patrañas é ideas extravagantes que nunca se le hubieran ocurrido: tales por ejemplo que cura los lamparones y el cólera; que es digno de ser miembro del Instituto; que dora las mieses ni mas ni menos que el sol, y, como el rocío del cielo hace brotar la yerba de los prados y los hongos. Si es belicoso no faltarán palaciegos y cortesanos que le dirán que fulgura de gloria; si es pacífico que es un genio benéfico y fecundo; si pródigo que es un vicio la economía; si avaro que la cicatería es virtud; si soltero que la nacion no podrá sobrevivirle; si tiene hijos que su dinastía se perpetuará hasta el fin de los siglos; si es achacoso que nunca tuvo mejor semblante; si agonizante que es inmortal.

¡Odiosos aduladores! ¡raza pestilente! con vuestras viles lisonjas y fraseología falaz, perdereis á todos los gobiernos débiles y habladores.

Sí, si las personas juiciosas del orbe civilizado se mofan de nuestros parlanchines grandes y pequeños; si la masa de locuciones viciosas, redundancias, perífrasis, aturde y marea; si tan repetidas vulgaridades, tan empalagosos períodos han reemplazado

las respuestas llenas de sensatez y precision de Luis XIV y Napoleon; si nada excede á la verbosidad estoposa, á la monotonía fastidiosa, á la pesadez indigesta é insoportable que causa la lectura de semejantes arengas; si bajo el peso de su volumen se hunden los estantes de las bibliotecas, no es seguramente culpa de los emperadores y reyes mas ó menos constitucionales, sino de esa maldita cháchara, de esa cháchara inagotable, de esas continuas exigencias, de esa importunidad infatigable de nuestra obsequiosa nacion.

Al contrario, es cosa de admirar que, para luchar con las olas de tantas felicitaciones, se hallen dotados de tal espontaneidad y fluidez de palabras tantos príncipes legítimos, usurpadores y mixtos, cuyo oficio, ó talento requerido no es la abundancia oratoria. Cosa admirable es en efecto que puedan repetir á todo el que llega las mismas frases con tanta uncion y facilidad como si rezasen la oracion dominical, que puedan permanecer de pié horas consecutivas sin dejar ver signos de cansancio; que durante un dia entero puedan mover mecánicamente las mandíbulas sin desarticularlas; que, sin cerrar los ojos, sin caer rendidos de sueño, vean desfilar tantos disfraces, tantos semblantes gazmoños y risueños, tantas genuflexiones, tantas cortesías. Pero no hay rosas sin espinas, y afortunadamente la Providencia vela sobre la Francia y sus gobiernos dictatoriales, imperiales, nacionales, anti-nacionales, y es de esperar que despues de haber triunfado de tantas conjuraciones, sabrán tambien triunfar de tantas exposiciones.

Cuando hubieron quemado su último cartucho los héroes de Julio, se preguntaron con ansia entre sí: ¿qué vamos á sustituir á lo destruido? ¿Quien podrá gobernar nuestra nacion, y pronunciar discursos? El duque de Burdeos apenas sabe leer, y el de Reichstadt nos arengará en dialecto bohemo. Es preciso un hombre que nos oiga, comprenda, y sepa respondernos. ¡Franceses, ingratos Franceses! bien supisteis encontrar en efecto una persona que sabe oiros y responderos, una persona que habla en toda ocasion, que habla á todos, sobre todas materias, tanto y mejor que el mas facundo de vuestros abogados. Pero, os lo pronostico, acabareis por agotar ese manantial de palabras, por no sacar ni una voz de ese gaznate seco, y no os figurais lo que podrá acarrearos la primera revolucion de que Dios nos libre.

Ofrézcase el trono á quien se quiera con la condicion de pronunciar y oir tan repetidos discursos; pregónese la oferta de la corona con veinte ó treinta millones de asignacion á un pobre trapero ó al rey de Prusia, á un zapatero de viejo ó al emperador de todas las Rusias, y juro que nadie querrá aceptar la dignidad real, nadie absolutamente con tal condicion, y quedará el trono vacante, teniendo que venderse á pública subasta y adjudicarse al mejor postor.